

Pierio Valeriano (1), Francisco María Grapaldi (2), el historiador Rafael Maffei (3), Lorenzo Parmenio (4), Bartolomé Pincerno de Montearduo (5), Francisco Albertini (6), el teólogo Paulo Cortese (7), y el arquitecto Fra Giocondo, erudito editor de Vitruvio (8). Entre los otros eruditos de la Corte de Julio II, hay que mencionar: á Facio Santori de Viterbo, en otro tiempo mayor-domo de Juliano della Róvere, elevado en 1505 al cardenalato (9), Sermonino da Vimercate (10), Felipe Beroaldo (11), Pedro Corsi (12), Mario Maffei, Lorenzo Crasso (13), Teodoro Gaza (14), Escipión Carterómaco (15), Alfonso Ordóñez (16), Nicolao de Schönberg (17), Rafael Brandolini (18) y el teólogo Inghirami, cuyo retrato pintó Rafael (19).

(1) V. Tiraboschi, VII, 2, 237 s., y particularmente Cian, 445. Por lo demás, Cian está en un error al suponer que Matteo Devaris dedicó también un poema á Julio II. El Cod. Vatic. graec., 1414 (*Bibl. Vatic.*) contiene ciertamente varias poesías de dicho escritor al Papa «Julio», á las que se siguen otras á Paulo III, Pío IV, y al card. Ranuccio Farnese; pero no hay duda que por el nombre Julio, se ha de entender aquí Julio III.

(2) V. Fea, *Notizie*. 62 s.

(3) Raphael (Maffeus) Volaterranus, *Comment. urb. libri*, XXXVIII; esta obra salió á luz primeramente en 1505, después se reimprimió en 1526, Parisiis. R. Maffei dedicó también al Papa la obra de Cortesius, *De cardinalatu*; v. tomo II, p. xxxiii.

(4) V. *Anecd. litt.* III, 307 ss.

(5) Sobre la obra de este hombre erudito, v. vol. V, p. 169, not. 2.

(6) Albertini dedicó al Papa el *Opusculum de mirabilibus novae urbis Romae* (v. más abajo) y el escrito *De Laudibus Florentiae et Soanae*; además de la introducción de Schmarsow á la nueva edición del primer escrito, cf. también los apuntes bibliográficos que trae Reumont, III, 2, 853.

(7) Sobre las *Sententiae* de Cortese, cf. vol. V, p. 172 s.

(8) V. Reumont, III, 2, 360 s. Didot, A. Manuce, 374.

(9) Cf. arriba, p. 157 y la introducción de Schmarsow á Albertini, vi ss. Sólo la muerte impidió que el docto arzobispo de Palermo Giov. de Paterno recibiese también la púrpura de Julio II; v. Bognino, 33.

(10) V. Sigismondo de' Conti, II, 390.

(11) Cf. Mazzuchelli, II, 2, 1018. Reumont, III, 2, 325.

(12) V. *Giorn. d. Lett. ital.*, IX, 240.

(13) Sobre estos dos literatos, v. Cian, l. c., 449 s. Cf. Falconcini, *Vita di Raffaello Maffei* (Roma, 1722), 117.

(14) V. *Anecd. litt.*, IV, 368.

(15) Cf. Schück, 70.

(16) V. Croce, *Ricerche Hispano-Italiane* 1, 11 s.

(17) Nic. v. Schönberg (ó Schomberg) fué profesor de la Universidad romana desde 1510; cf. Buddee 3.

(18) Cf. Haferkorn, Leo X. (Dresden 1872) 31.

(19) El original lo conserva la Casa Inghirami de Volterra; el ejemplar

Los tres últimos mencionados predicaron también en presencia del Papa (1), incumbencia que se cometía generalmente á eclesiásticos y personas religiosas (2), pero, sin embargo, era también á veces desempeñada por legos (3). Y si ya esto era extraño, todavía lo era más el contenido y forma de algunos de aquellos discursos; pues, según Wimpeling, llegó á atreverse Juan Francisco de Sutri á pronunciar, en presencia de Julio II, una formal filípica contra Alejandro VI, á quien calificó de monstruo manchado con todos los vicios (4). Cuánto predominara en los sermones de los humanistas el elemento gentilico, lo advirtió Erasmo en Roma, donde estuvo unido con particular amistad con el cardenal Rafel Riario, y compuso un dictamen sobre la guerra contra Venecia. Refiere, pues, el célebre humanista (por ventura con alguna exageración), haber oído predicar el Viernes Santo de 1509 á un ciceroniano, en presencia del Papa Julio II. El orador llamó al Papa *Jupiter Optimus Maximus*, que con poderosa mano fulmina el rayo y gobierna todas las cosas. Después de un largo encomio de Julio II, pasó á hablar de los Decios, Curcios y de otros que habían sacrificado heroicamente su vida por la patria, y finalmente, dijo también alguna cosa de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, bien que evitando ansiosamente toda palabra ó giro que no pudiera apoyarse en la autoridad de Cicerón. Este discurso, añade Erasmo, obtuvo grandísimas alabanzas de los ciceronianos (5).

También algunas de las comedias y versos que se recitaron en presencia de Julio II, respiraban un espíritu completamente pagano. Verdad es que el Papa no era en manera alguna tan entusiasta amigo de las funciones teatrales como su predece-

que hay en los Uffizi es una copia. Otro retrato de Inghirami se halla en la sacristía de la Iglesia de Letrán; v. Klaczko, Jules II, 221 s.

(1) Cf. Burchardi *Diarium* III, 333, 345, 428. Buddee 9. Sobre un discurso de Inghirami en la Minerva v. Audiffredi 432.

(2) Cf. Burchardi *Diarium* III, 310, 318, 319, 324, 326, 333, 339, 341, 342, 371, 372, 373, 374, 375, 377, 380, 381, 387, 388, 408, 409, 410, 412, 418, 419.

(3) Cf. Burchardi *Diarium*, III, 377, 414.

(4) Esta noticia hasta ahora inadvertida la hallé en el *Catalogus archiep. Mogunt.*, de Wimpeling, ed. Englert (Aschaffenburg 1882) 22-23.

(5) Schück 98. Cf. además Hartfelder en el *Hist. Taschenbuch* 1892, p. 127 s.; *Engl. hist. Rev.* X, 2, 642-662, y el hermoso escrito de Nolhac, *Erasmus en Italie* (Paris 1888) 64 ss., 76 ss. La suposición de que Julio II permitió á Erasmo que dejase el hábito religioso, estriba en una mala inteligencia; v. Vischer, *Erasmiana* (Basilea 1876) 23 s.

sor, y todavía menos, como su sucesor; por más que asistiera frecuentemente á la representación de comedias (1); y también exigió siempre en ellas algún respeto á la gravedad y dignidad del estado eclesiástico, en términos que, en Mayo de 1505, prohibió á todos los cardenales la asistencia á cierta representación teatral en la Universidad (2). Pero hasta dónde pudiera llegar la licencia, á pesar de esto, lo descubre una relación de Paris de Grassis sobre cierta fiesta celebrada el día de San Martín de 1512, en los jardines del Belvedere, en la que tomó parte el embajador imperial Mateo Lang. Después de un espléndido banquete, se ejecutó una representación teatral para glorificar la alianza entre el Papa y el Emperador. En primer lugar salieron unos jovencitos disfrazados de Musas, los cuales recitaron poesías celebrando aquel fausto acontecimiento. Luégo se presentó el joven poeta Vicente Pimpinelli, en figura de Orfeo, con un trofeo de la victoria obtenida contra los franceses, y declamó asimismo versos ensalzando la gloria de las dos Cabezas de la Cristiandad. Finalmente, el secretario de la embajada de Parma y Plasencia, Francisco María Gripaldi, pronunció también un discurso, al cual siguió un poema sobre la liberación de Italia por el Papa. Sirvió de conclusión á esta fiesta, la coronación de los poetas Pimpinelli y Gripaldi. El primer maestro de ceremonias había opuesto inútil resistencia, alegando que algunos de los poemas recitados tenían un carácter demasíadamente gentilico. Las coronas de los poetas, hechas de laurel, las presentó Inghirami al Papa, que celebraba aquella coronación juntamente con Lang, y usó de esta fórmula: «Nos, en virtud de Nuestra apostólica autoridad, y éste, Mateo Lang, en virtud de la autoridad imperial, te nombramos poeta y te encomendamos ilustres la historia de la Iglesia romana.» La relación de aquella fiesta, en la cual, según indica uno de los embajadores, también un ciego improvisó versos en alabanza del Papa y de Lang, la cierra Grassis con estas breves pero significativas palabras: «Dejo que otros juzguen, si lo que acabo de escribir es ó no digno de aprobación» (3).

(1) V. Flehsig 47 s., donde hay más bibliografía.

(2) Pro honore collegii Cardinalium. Burchardi Diarium III, 388.

(3) Además del pasaje de Paris de Grassis, publicado por Creighton IV, 274-275, cf. la relación citada por Luzio, F. Gonzaga 40. La censura de Grassis se debe de referir sin duda á los versos de Pimpinelli, pues los de Gripaldi, publicados por Fea, Notizie 63 s., no causan escándalo. Suministran otro

Inghirami, á quien se llamaba el Cicerón de su tiempo, ejerció desde 1510, como sucesor de Juliano Maffei, el cargo de prefecto de la Biblioteca Vaticana, y era custodio de la misma Demetrio de Lucca, y después de la muerte de éste (en 1511), Lorenzo Parmenio, junto con Juan Chadel; y habiendo muerto también éste en 1512, lo sucedió Rómulo Mammacini (1). La liberalidad, comenzada en tiempo de Sixto IV, de prestar los manuscritos para usarlos aun fuera del local de la biblioteca (2), se continuó, aunque limitándola con ciertas medidas de previsión; pero respecto de las actas del archivo de la Cámara Apostólica, se vió, sin embargo, el Papa necesitado á tomar una decisión más radical, por efecto de los abusos cometidos (3). Julio II, que mandó establecer á su costa, en Fano, la primera imprenta arábiga (4), hizo adornar asimismo con pinturas las bibliotecas de San Pedro ad Víncula y de los Santos Apóstoles (5).

Otra prueba de que no eran ajenas al Papa Róvere las inclinaciones eruditas es, finalmente, su misma biblioteca particular. Ya siendo cardenal se había esforzado por adquirir copias de manuscritos (6), y logrado juntar una preciosa biblioteca privada. Cuando Papa, la colocó en uno de los pisos superiores del Vaticano, en aposentos ricamente decorados (7). Todavía se conserva

ejemplo notable de la amalgama que se hacía de cosas paganas y cristianas, las églogas dramáticas de Pedro Corsi, las cuales fueron representadas en presencia de Julio II, en 1509 y 1510; v. Giorn. d. Lett. ital. IX, 240, nota 3. Sobre Buffoni en la corte de Julio II, v. ibid. XXIX, 450.

(1) Müntz, La Bibl. du Vatican 11 s. Sobre Demetrio v. Cian en el Giorn. d. Lett. ital. IX, 450, nota 4. Nolhac en Studi e docum. VIII, 288, demuestra que el nombramiento de Inghirami para bibliotecario no se efectuó en 1510, sino ya en 1505. Aunque por efecto de las muchas lagunas que hay en los documentos del *Archivio pubblico de Roma* y en el *Archivio secreto pontificio*, no se puede probar con certidumbre que Julio II enriqueció la Vaticana, es con todo probable que se ocupase en ello.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 415.

(3) Müntz l. c. 15 s.

(4) Reumont III, 2, 332.

(5) Albertini, ed. Schmarsow 35.

(6) Müntz, La Bibl. du Vatican 5-6.

(7) V. Bembi, Ep. fam. V, 8 (v. Roscoe II, 47, cf. 44) y Albertini, ed. Schmarsow 34-35. Respecto del adorno de la misma, v. también las relaciones de Brognolo, anotadas en el apéndice, núms. 84-85; cf. Giorn. d. Lett. ital. XXXIII, 37 ss. Sobre el sitio de esta biblioteca, v. Fabre, La Vaticane de Sixte IV (Rome 1896), 26-27.

el inventario de ella (1), por el cual se ve la importancia que daba su dueño á la disposición material de los manuscritos (libros impresos no poseía sino pocos), los más de los cuales estaban escritos en preciosos pergaminos, encuadernados en seda y terciopelo, y provistos de broches de plata. La biblioteca particular de Julio II era pequeña—contenía poco más de doscientos manuscritos—pero muy escogida, y su inventario demuestra irrecusablemente, que el Papa se interesaba no sólo por la Teología y el Derecho, sino también por la Literatura y la Historia. Al lado de la Sagrada Escritura y de las obras canónicas, se encuentran en ella un buen número de teólogos: Jerónimo, Agustín, Ambrosio, Cipriano, León y Gregorio Magno, Lactancio, Alberto Magno, Tomás de Aquino y Cortesio. También están bien representados allí los escritores latinos: Livio, Cicerón, Virgilio, Silio Itálico, Aulo Gelio, Terencio, Rufino, Cassiodoro, Valerio Máximo, Suetonio, Salustio, Plinio el Joven, Paulo Orosio, Quintiliano, Séneca, Juvenal, Lucano y Ovidio; sin que ni siquiera falte una colección de inscripciones romanas. A esto se añade una serie de traducciones latinas de autores griegos; y de los humanistas, se encuentran allí: Petrarca, Boccaccio, Leonardo Bruni, Tortello, Marullo, Flavio Biondo, Vida, Brandolini y Lorenzo de Parma.

Así, pues, Julio II puede considerarse, en cierto sentido, como Papa humanista; y la leyenda forjada por sus enemigos, que le representa como un varón exclusivamente belicoso, tampoco puede en esta parte defenderse ante los testimonios de la realidad (2). A pesar de todo, es indudable que Julio II no puede sostener, en este respecto, el parangón con Nicolao V. Su gloria principal es y será siempre el haber fomentado las artes, en lo cual no tiene semejante entre todos los papas. Principalmente superó en esta parte á Nicolao V, por haberse limitado á lo posible, sin soltar tan desmedidamente las riendas á la fantasía como el fundador del mecenazgo pontificio (3); y á pesar de la grandiosidad de sus planes artísticos, tuvo siempre dispuestos Julio II (muy lejos de entregarse á fanáticos ensueños) copiosos medios para la realización de sus designios (4).

(1) Recientemente ha sido publicado por Dorez en la Rev. d. biblioth VI, 109 ss.

(2) Dorez l. c. 100.

(3) Cf. nuestras indicaciones vol. II, p. 177 s.

(4) Springer loc. cit.

Es innegable que favoreció á Julio II, de una manera rara y casi de todo punto singular, la circunstancia de haber hallado á su disposición, casi sin buscarlos, los primeros genios del arte; pero esto no puede en manera alguna menoscabar su mérito: su honor y su gloria verdadera consiste en haber acertado á descubrir con su penetrante inteligencia los más geniales representantes de las artes, haberlos sabido fijar en Roma y promover el completo desarrollo de sus facultades, alejando de ellos todo lo pequeño ó lúdico, y proponiéndoles asuntos elevados y monumentales, cual correspondía á la grandeza de su carácter (1). Sólo por este medio pudieron los grandes maestros hacer lo mejor que alcanzaban, y por todas partes se despertaron talentos latentes. El centro del arte italiano se trasladó de Florencia á Roma, donde surgió un mundo de belleza artística. La arquitectura, la plástica y la pintura florecieron gloriosamente, y, sobrepujando á todos los Mecenas de la Edad de oro del Renacimiento, Julio II enlazó inseparablemente su nombre con los genios inmortales que elevaron á su apogeo el arte italiano. «El comenzó; los demás no hicieron sino seguir edificando sobre los cimientos por él colocados.» A él pertenece la iniciativa, y el siglo de León X le corresponde en realidad más propiamente (2). Por él vino á ser Roma la ciudad clásica del mundo, el centro de la vida culta de Europa que daba el tono y forma á todas las demás; él hizo al Papado adalid de la civilización (3).

La semejanza de los conatos artísticos de Julio II con los de Nicolao V, se manifiesta principalmente en sus grandes empresas arquitectónicas. La apertura de nuevas calles y distritos de la Ciudad, la reedificación del palacio Vaticano y la erección de una nueva iglesia de San Pedro, obra cuya realización había interrumpido la prematura muerte de Nicolao V,

(1) Cf. Müntz, Raphael 274. Springer 103. Gsell-Fels, Rom. I, 663, Cf. también Symonds, Michelangelo I, 128 (There was nothing of the dilettante about him).

(2) Reumont III, 2, 383, Cf. Springer 101; Minghetti, Raffaello 106, y v. Geymüller 344.

(3) Cf. Gregorovius VIII<sup>3</sup>, 113, advierte muy justamente: «La atmósfera impregnada de la grandeza de la historia universal, la grandiosidad monumental é ideal de la Ciudad eran capaces de alejar del espíritu del artista las trabas y límites del provincialismo é imprimir á sus ideas un sello de grandeza, esencialmente romano.»

se volvieron á emprender ahora con extraño atrevimiento y energía.

Entre todos los artistas, ninguno había tenido tan íntimas relaciones con el cardenal Juliano della Róvere, muy amigo de construir, como el florentino *Juliano da Sangallo*, del cual proceden los planos para las grandiosas construcciones llevadas á cabo por el cardenal en Ostia y Grottaferrata, así como para el palacio de Savona. Las relaciones entre ambos eran tan íntimas, que Sangallo acompañó á su protector en su voluntario destierro, durante el reinado de Alejandro VI. Entonces (en 1494) puso el cardenal al célebre arquitecto en relaciones con el monarca francés Carlos VIII (1). No es, pues, de maravillar que Sangallo, después de la elevación de su favorecedor al trono pontificio, se dirigiera á Roma para recordar á Julio II sus antiguas relaciones, y ofrecerle sus servicios. El Papa le encomendó por de pronto algunos trabajos de restauración en el castillo de Sant Angelo, los cuales parecían lo más urgente, en atención á las turbulencias de aquel tiempo. A 30 de Mayo de 1504 se pagó á Sangallo por este concepto cierta cantidad, residuo de otra suma mayor (2). En el tiempo siguiente continuó Sangallo trabajando en otras cosas por cuenta de Julio II, así como en el año de 1505 dibujó los proyectos para una loggia de los músicos (3), y aun parece haber sido por de pronto el principal consejero del Papa en las cosas artísticas; él fué quien, en la primavera de 1505, procuró fueran llamados á Roma los más célebres escultores de la época del Renacimiento, Miguel Angel y Andrés Sansovino (4). Sansovino había de labrar un sepulcro para el cardenal Ascanio Sforza en la iglesia de Santa María del Popolo, y á Miguel Angel se dió el cometido de erigir un túmulo para el Papa durante su misma vida. El plan que presentó Miguel Angel y aprobó Julio II, era

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. IV, como también Müntz, Hist. de l'Art II, 407; J. de Laurière, Giuliane de San Galle et les monuments antiques du midi de France, en el XLV tomo de las Mém. de la Soc. nat. des Antiquaires de France, y Redtenbacher 97, 102. Del palacio de Savona, sólo se conservan, además del patio, la fachada principal, construída de mármol blanco, y algunas partes del edificio: v. Gauthier, Les plus beaux édifices de Gènes et ses environs (Paris 1850) pl. 64, 65. Redtenbacher 102. Müntz, Hist. de l'Art I, 199. V. también la nota de Schmarsov á Albertini, 55.

(2) v. Geymüller 74.

(3) La construcción no se realizó; v. Redtenbacher, 98 s.; v. Geymüller, 74.

(4) Springer, Raffael und Michelangelo, 104 s. Redtenbacher, 98.

de tan colosales dimensiones, que ninguna iglesia de Roma, ni siquiera la antigua de San Pedro, ofrecía espacio suficiente; pero luego la tribuna comenzada por Rossellino en la nueva iglesia de San Pedro, pareció á propósito para contener aquel monumento. Era, pues, necesario, que antes se terminara dicha tribuna y se juntara con el edificio antiguo, y de esta suerte todo aquel negocio quedó pendiente de los arquitectos (1). Entonces fué cuando se presentó en primer término el maestro que debía en adelante presidir á casi todas las construcciones de Julio II. Este varón, que parecía personificar en sí todas las aspiraciones artísticas del Renacimiento, era *Donato Bramante*, el cual se hallaba trabajando en Roma, ya desde el año 1500.

Es un imperecedero mérito de Julio II, haber dado, al más genial de los arquitectos de su tiempo, ocasión para desplegar todas sus poderosas facultades; Bramante ocupó muy pronto una posición algo parecida á la de Ministro de obras públicas y de bellas artes (2). El Papa le señaló habitación en el Belvedere, lo propio que al célebre aurífice Caradosso (3), y premió sus trabajos con la mayor generosidad (4). En todos los viajes de Julio II se halló en su comitiva el gran arquitecto, cuyas enérgicas facciones nos ha conservado una medalla de Caradosso; y el Papa le encargó no sólo la construcción de fortificaciones, sino también la nueva edificación del Vaticano y la de la iglesia de San Pedro, en la cual debía hallar el monumento sepulcral de Julio II un lugar digno y á su medida (5).

(1) Springer, loc. cit. Cf. v. Geymüller, 145 s., y Müntz, Hist. de l'Art, II, 384.

(2) V. v. Geymüller, 24.

(3) Cf. el \*despacho de Costabili, fechado en Roma á 11 de Agosto de 1508, quien refiere que entonces habitaban en el Belvedere alcuni maestri et architettori li quali sono Abramante et Caradosso. *Archivio público de Módena*. Sobre Caradosso, v. Müntz en Gaz. d. beaux arts 2 Serie XXVII, 421 s., y Luzzio-Renier, Il lusso, 46 s., y arriba p. 162, nota 1, y 356.

(4) Cf. Klaczko, Jules II, 78.

(5) La narración que sigue se apoya en su mayor parte, pero no en todos los puntos en las sólidas investigaciones de v. Geymüller, de las que ciertamente Jovanovits, 82 s., difiere mucho con frecuencia. Fuera de eso, cf. los estudios de Redtenbacher en Lützows Zeitschrift, IX, 261 s., 302 s.; X, 247 s.; XI suplemento, 829 s.; XIII, 124 s. (en sentido opuesto, Jovanovits, Zu den Streitfragen in der Baugeschichte der Peterskirche zu Rom. Wien, 1878); XIV, suplemento, 543 s., XVI, 161 s. Redtenbacher y Burckhardt-Holzinger (Renaissance, 125), tienen por exactas las ideas principales de v. Geymüller. Naturalmente, no podemos tratar por menudo todas las particularidades de esta controversia tan difícil como implicada. Muchos puntos se pondrán todavía más en claro, cuan-

No se puede afirmar con entera certidumbre, el tiempo en que Julio II concibió el grandioso plan de la nueva iglesia de San Pedro. Un escritor de Arquitectura, que ha hecho principal ocupación de su vida el estudio de los proyectos de aquella catedral gigantesca, es de parecer, que el Papa Róvere tuvo desde luego, en el año de 1503, el designio de transformar el palacio vaticano y edificar de nuevo la iglesia de San Pedro (1). Esto respondería ciertamente á los altos pensamientos del nuevo Jefe supremo de la Cristiandad; pero hasta ahora no se ha hallado ningún testimonio de los contemporáneos en apoyo de dicha suposición; y la situación, en extremo difícil, en que se halló el nuevo Papa al principio de su reinado, no hace muy creíble que formara el plan de aquel gigantesco edificio; por más que, tratándose de un hombre como Julio II, esto no constituye ciertamente ningún impedimento absoluto. Hasta el año de 1505 no se pueden señalar vestigios indudables del proyecto de transformar y reedificar la iglesia de San Pedro (2). Según Vasari, en las deliberaciones

do salga á luz el segundo tomo de la obra de v. Geymüller, donde, con el concurso de Müntz, se han de publicar todos los documentos relativos á la construcción de San Pedro. Entretanto, cf. Müntz, *Les Architectes de St. Pierre de Rome d'après de documents nouveaux*, en el *Gaz. des beaux arts* XIX (1879), 353 s.; XX, 506 s. De las obras antiguas, entran todavía en consideración Bonanni, *Hist. templi Vaticani*, 50 s.; la biografía de Bramante, de Pungileoni y Plattner, II, 1, 136 s.

(1) v. Geymüller, 81.

(2) v. Geymüller se extrema tanto en defender á Bramante contra la sospecha de haber éste derribado á Juliano de su posición, que llega á decir: «Bramante estaba al servicio del Papa antes de la venida de Juliano (á Roma); por consiguiente, no podía, á su llegada, hacer diligencias para echar á Juliano de su puesto.» Por el contrario, Redtenbacher insiste con razón, en que hasta ahora no está demostrado que Bramante estuviese al servicio del Papa antes de la llegada de Juliano, quien positivamente, en 30 de Mayo de 1504, era arquitecto de Julio II. V. Lützows, *Zeitschrift*, XVI, 162, y Redtenbacher, *Architektur*, 182. Este autor advierte además muy justamente: «Si indica Bonanni, sobre quien se funda H. v. Geymüller que, en 1503, Julio II había ya decidido las construcciones del Vaticano, en primer lugar, Bonanni no es una fuente muy digna de confianza (pues también hace pasar el diseño de Rafael para San Pedro por de Bramante), y aunque estuviese en lo cierto, no por esto se seguiría que, con la decisión de las construcciones, se hubiese designado también á Bramante como autor de ellas.» A esta observación me atreveré á añadir todavía lo siguiente: En su meritisima obra, H. v. Geymüller se apoya repetidas veces en el pasaje de Mignanti, II, 11, donde se dice que Julio II decidió la reconstrucción de la iglesia de San Pedro, luego después de su exaltación al trono. En lo cual, da por sentada la opinión de que «el dicho de Mignanti se funda en documentos, que no designa.» Con todo eso, tales documentos son una hipótesis; nadie hasta

previas celebradas sobre esto, se desarrolló una lucha entre las escuelas artísticas de Urbino y Lombardía, á la cual pertenecía Bramante, y la florentina de Juliano de Sangallo y de su protegido Miguel Angel. Por una parte, nos persuade la verdad de esta noticia la circunstancia de haber conocido muy bien Vasari á Francisco, hijo de Juliano da Sangallo; pero por otra, nos la hace dudosa la confusión y falta de seguridad que hallamos en muchas otras partes en el mencionado escritor de *Historia del Arte* (1). Como quiera que sea, parece cierto que, cuando Julio II vió el grandioso plan de Bramante para la iglesia de San Pedro, tomó la resolución de encomendarle la dirección del edificio (2); todo lo demás quedó entonces relegado á segundo término. Ya los mismos recursos pecuniarios de que podía disponerse, reclamaban necesariamente cierta limitación; pero, por otra parte, la idea de una catedral gigantesca, que fuese gloria de toda la Iglesia, respondía á la grandeza de ánimo del Papa Róvere, mejor que un monumento sepulcral, destinado únicamente á la glorificación de su propio nombre. Y no deja de ser uno de los más hermosos títulos de gloria de Julio II, el haber siempre, así en el arte como en la política, preferido los intereses universales de la Iglesia y del Estado, á los propios de su persona (3).

Con esto, pues, hemos de distinguir primeramente, en la historia de la construcción de San Pedro en tiempo de Julio II, tres etapas distintas: en la primera (Marzo de 1505), se proyecta la erección de una capilla donde colocar el monumento sepulcral

aquí los ha visto, ni Mignanti tampoco cita ninguno. Añadamos á eso todavía, que la crítica histórica no es el lado fuerte del libro de Mignanti, como ya lo notó Reumont, en 1867, en la *Allg. Zeitung*, n.º 266. Hasta no deja de haber errores históricos. Un solo punto es cierto, que en Noviembre de 1505 era cosa asentada la resolución de emprender la reconstrucción (v. más abajo), y hasta que se descubran nuevos documentos se deberá sostener esa fecha firmemente establecida, como lo ha hecho Jovanovits, 43.

(1) Parece que Redtenbacher, 183, pierde esto de vista, cuando llama á la narración de Vasari absolutamente digna de crédito.

(2) Juliano da Sangallo se sintió ofendido, y ricamente gratificado por Julio II, se partió á Florencia. La leyenda de época posterior nos representa al Papa, que asediado por multitud de modelos para San Pedro, responde sonriendo: No hemós de edificar más que una iglesia, para lo cual nos basta un modelo; uno tenemos perfectísimo; ¿qué queréis, pues, hacer con estas vuestras barracas? Antigua traducción de B. Ochini, *Apologen*. libro I, Apol. 23, publicada por Burckhardt, *Renaissance*, 112.

(3) Springer, *Raffaell und Michelangelo*, 106.